

CAPÍTULO XI

El secreto de Luisa

Después que Backer se hubo marchado, Luis volvió á dejarse caer en la silla y permaneció inmóvil por largo rato, perdida en un abismo de reflexiones.

¿Quién podía ser el enemigo oculto y anónimo tan al corriente de lo que pasaba en la casa de la Palmera, el que con tanta precisión había mencionado en una denuncia dirigida al comité realista los pormenores de la vida privada de Luisa?

Cuatro personas conocían solamente los detalles indicados en la denuncia: el doctor Cirillo, Miguel el Loco, la hechicera Nanno y Giovanina. El carácter del doctor le ponía al abrigo de toda sospecha; en cuanto á Miguel, era capaz de sacrificar su vida por su hermana de leche.

Quedaban Giovanina y la hechicera Nanno.

Esta última podía haber denunciado á Salvato y á

Luisa en una época en que le hubiesen pagado su denuncia en lo que valía: entonces no lo había hecho, y además, no era posible atribuir á la codicia el aviso que había recibido Backer, sino más bien al odio.

Así, pues, las sospechas de la joven se fijaron, aunque vagamente en su doncella Giovanina.

Pero, ¿qué motivos podía tener Giovanina para odiar á su ama?

Luisa no daba con ellos, por más que buscaba; sin embargo, hacía ya mucho tiempo que la joven había notado en el genio de su doncella alteraciones de las cuales no había hecho caso en un principio, creyéndolas rarezas de carácter; pero que ahora se presentaban á su memoria inspirándole vivísimas sospechas. Luisa había sorprendido en su doncella miradas furtivas, siniestras sonrisas y palabras amargas, sobre todo, desde la noche en que, después de salir con San Felice para embarcarse en la ribera, había vuelto sola y de modo tan inesperado. Aquellos signos de descontento habían sido aún más frecuentes desde la entrada de los franceses en Nápoles, y mucho más visibles desde que Salvato la veía casi diariamente.

En su altivo desdén por la posición de Giovanina, ni siquiera le pasó por el pensamiento que la joven

servienta pudiese amar á Salvato y estar celosa de ella; ni siquiera se le ocurrió pensar en que las pasiones que agitan el corazón de la grande señora, conmueven también el de la pobre aldeana.

Esto no obstante, las sospechas de que Giovanina la odiaba persistieron en el ánimo de Luisa, aunque sin poder adivinar el motivo de aquel odio.

La joven guardó en el pecho la tarjeta de la flor de lis, cogió la luz, cerró la puerta del gabinete del caballero, y se dirigió á su dormitorio.

En su alcoba encontró á Giovanina ocupada en prepararle su *toilette* de noche.

Como se hallaba prevenida contra la joven sirvienta, sorprendió la mirada que ésta le dirigió al entrar en el cuarto. Aquella mirada siniestra fué seguida de una graciosa sonrisa que dejó conocer á la San Felice el estudiado disimulo de su doncella.

No pudiendo adivinar lo que había pasado, y no teniendo ninguna idea de las sospechas que germinaban en el corazón de su señora, Nina quiso entablar la conversación, á fin de hacerla recaer, tras un hábil rodeo, sobre la visita que su ama acababa de recibir; pero Luisa la detuvo, diciéndola secamente que no tenía necesidad de sus servicios.

Nina se estremeció, — porque no estaba acostum-

brada á que la despidiesen con tanta dureza, — y salió de la alcoba con su diabólica sonrisa en los labios.

La visita del apuesto banquero daba mucho en qué pensar á la joven doncella. ¿Cómo es que su señora, después de haberla visto cruzar la puerta, había consentido al fin en recibirle, no sólo á las dos de la mañana, sino, lo que es más, á puertas cerradas y en las habitaciones de su esposo?

Verdad era que Luisa había acogido al joven con rostro severo; pero también lo era que después de la visita se había dulcificado su semblante y que sus ojos conservaban, si no la huella del llanto, á lo menos la humedad de una lágrima reciente.

¿Qué causa había podido inspirar á aquella altiva Luisa más tiernos sentimientos?

¿Había conmovido al fin su corazón el amor del gallardo joven? ¿Había en aquel corazón sitio para dos amores?

Giovanina no podía creerlo; y no obstante, lo que acababa de pasar le parecía sumamente extraordinario.

Ya hemos dicho que Luisa había notado la siniestra mirada de su doncella; pero preocupaban su ánimo cosas más graves que el deseo de encontrar al autor de la denuncia. La joven reflexionaba en el uso que habría de hacer del secreto que acababan

de confiarle, en los medios de que habría de valerse para salvar á Palmieri sin comprometer á Backer.

Ante todo, era indispensable que viese al joven oficial; pero no le veía nunca sino en casa de la duquesa. Sus entrevistas no llamaban allí la atención, porque los salones de su amiga, como había dicho Backer, eran un verdadero club.

Esperar á la noche siguiente, era perder veinticuatro horas, pérdida inmensa no quedando sino tres días de plazo. Lo más breve, era, pues, enviar á buscarle, y sólo Miguel podía ser el mensajero que le llevara el aviso.

Luisa alargó el brazo hacia el cordón de la campanilla para llamar á su doncella; pero hacía diez minutos que Giovanina había salido, y debía estar ya acostada. La joven pensó que lo más sencillo era ir al cuarto de la sirvienta para darle la orden de buscar á Miguel así que amaneciera.

La habitación de Giovanina estaba separada de la alcoba de su señora por el corredor que conducía á casa de la duquesa Fusco, y como cuarto interior no tenía sino una puerta vidriera.

Al poner el pie en el pasadizo, Luisa vió luz en el cuarto de Giovanina; entonces se acercó á la puerta y á través de los visillos de transparente muselina que cubrían los cristales, distinguió á su

doncella que estaba escribiendo sentada á una mesita.

Como quiera que á Luisa le importaba muy poco saber lo que Giovanina escribía, levantó el pica-
porte y entró en la habitación. Pero sin duda importaba mucho á la doncella que su ama no viese lo que estaba escribiendo, puesto que, al divisarla, arrojó un débil grito de sorpresa y se levantó para colocarse entre Luisa y el papel escrito.

Aunque no dejó de llamar la atención de Luisa el que Nina escribiese á las tres de la mañana en vez de acostarse y de dormir, no le hizo sin embargo ninguna pregunta y se contentó con decirle:

— Quisiera ver á Miguel lo más temprano posible: tratad de enviarle un aviso.

En seguida cerró la puerta y volvió á su dormitorio, dejando á su doncella libre de continuar su carta.

Como es de suponer, Luisa durmió muy poco. Á eso de las siete de la mañana oyó ruido en los corredores: era Giovanina que se levantaba y salía á cumplimentar la orden de su señora.

Giovanina estuvo ausente cerca de hora y media. Verdad es que volvía con Miguel, á quien sin duda fué á buscar ella misma á fin de desempeñar con más eficacia el encargo que había recibido.

Al ver á su hermana, el lazzaroni comprendió que acababa de ocurrir alguna cosa grave.

Luisa estaba pálida y febricitante á un mismo tiempo, y el círculo violado de sus ojos indicaba una noche de insomnio.

— ¿Qué tienes, hermanita? le preguntó Miguel con inquietud.

— Nada, respondió Luisa tratando de sonreír, sólo que necesito ver á Salvato lo más pronto posible.

— Pues la cosa no es muy difícil, hermanita; en dos saltos se va desde aquí al palacio de Angri.

En efecto, Salvato vivía con el general Championnet en aquel mismo palacio de Angri, sito en la calle de Toledo, que sirvió de alojamiento á Garibaldi sesenta años después.

— Entonces, dijo Luisa, anda, ve, y vuelve corriendo.

Miguel fué en dos saltos, según había dicho; pero antes que estuviere de vuelta, llegó un ordenanza con una carta de Palmieri concebida en estos términos:

« Mi querida Luisa:

» Esta mañana á las cinco recibí orden del general de marchar inmediatamente á Salerno para

organizar allí una columna expedicionaria que debe ir á la Basilicata, donde, según parece, hay algunos disturbios. Creo que empleando toda la actividad posible desempeñaré mi cometido en un par de días y que podré estar de vuelta el viernes por la noche.

» Si á mi regreso encontrase abierta la ventana de la callejuela y si pudiese pasar una hora á vuestro lado en el *cuarto venturoso*, casi bendeciría mi destierro de cuarenta y ocho horas, teniendo por recompensa tan preciado favor.

» He dejado en el palacio Angri personas encargadas de traerme mis cartas. Inútil me parece deciros que, aunque espero varias, no espero más que una.

» ¡ Oh! ¡ qué noche tan feliz pasé ayer, y qué noche tan aburrida voy á pasar hoy!

» ¡ Hasta muy pronto, mi bella madona de la Palmera.

» Vuestro,

» SALVATO. »

Luisa hizo un gesto de desesperación.

Si Palmieri no regresaba hasta el viernes por la noche ¿ cómo podía substraerle á los asesinatos que iban á tener lugar á las doce de aquella misma noche?

¡ Apenas tendría tiempo de morir con él
El ordenanza esperaba una respuesta.

¿ Qué debía responder Luisa? No lo sabía. Sin
duda la conspiración estaba organizada en Salerno
de igual manera que en Nápoles. ¿ No había dicho
Andrés que debía estallar en *Nápoles y en sus
alrededores?*

Luisa creyó volverse loca.

Giovanina, implacable por el odio que torturaba
su corazón, le repetía que el mensajero esperaba
una respuesta.

La joven cogió una pluma y escribió:

« Acabo de recibir vuestra carta, mi querido
hermano. En cualquiera otra circunstancia me
habría contentado con responderos: « Encontraréis
la ventana abierta y yo os esperaré en el cuarto
venturoso. » Pero es indispensable que nos veamos
antes de vuestro regreso. Miguel os llevará hoy
mismo á Salerno una carta que os escribiré tan
pronto como pueda coordinar un poco mis ideas.

» Si pensáis cambiar de fonda ó de alojamiento
después que veáis á Miguel, indicadle cuál será
vuestro domicilio á fin de que pueda encontraros á
cualquiera hora.

» Vuestra hermana,

» LUISA. »

Y cerrando la esquila, se la entregó al orde-
nanza.

Éste se cruzó en el jardín con Miguel.

El lazzaroni venía á noticiar á su hermana lo
que ésta sabía ya, esto es, la ausencia de Palmieri
y la orden que había dejado de que le enviasen las
cartas á Salerno.

Luisa rogó á Miguel que no se marchara, porque
tal vez tendría que darle algunas importantes
comisiones.

Acto continuo entró en su cuarto, más agitada
que nunca, y cerró la puerta con llave.

Miguel, que no tenía costumbre de ver á su
hermana tan intranquila, se volvió á la doncella
y le preguntó:

— ¿ Qué tiene hoy Luisa? ¿ Por ventura se ha
vuelto razonable?

— No lo sé, respondió Giovanina; pero está así
desde la visita que le hizo anoche el señor Andrés
Backer.

Miguel vió la diabólica sonrisa que animó el
rostro de la doncella al pronunciar estas palabras.
No era la primera vez que el lazzaroni la notaba;
pero entonces había en aquella sonrisa tal expresi-
ón de odio, que acaso iba á preguntarle lo que
significaba, cuando Luisa apareció envuelta en un

manto de viaje. Su fisonomía expresaba la firmeza, ya que no la calma, dejando conocer que acababa de tomar una resolución inquebrantable.

— Miguel, preguntó á su hermano de leche, ¿puedes consagrarme todo el día?

— Y toda la noche, y toda la semana.

— Pues entonces, ven conmigo.

Y volviéndose á Giovanina:

— Si no vuelvo esta noche, no os inquietéis, le dijo; pero de todos modos, esperadme hasta por la mañana.

Y echó á andar, haciendo señas á Miguel de que la siguiera.

— La señora no me ha tuteado por la primera vez de su vida, dijo la doncella á Miguel; trata de averiguar la causa.

— ¡Bah! respondió el lazzaroni, eso es que habré visto tu diabólica sonrisa.

Y bajó la galería con paso rápido para alcanzar á su hermana que le esperaba impaciente á la puerta del jardín.

Los medios de locomoción son fáciles en Nápoles, precisamente porque no hay ningún servicio oficial.

Si se trata de ir á Salerno, por ejemplo, y si el viento es favorable, se atraviesa el golfo en una

barca, se toma un carruaje en Castellamare y se llega en tres ó cuatro horas.

Si el viento es contrario, el viajero toma un coche en la primera encrucijada de Nápoles, costea el golfo pasando por Resina, Pórtici y Torre-del-Greco, se interna en la montaña por la Cava y llega á Salerno casi en el mismo espacio de tiempo.

No bien llegaron al muelle, Miguel preguntó á su hermana á qué punto se dirigían.

— Á Salerno, respondió Luisa.

— ¿Quieres que vayamos por mar, ó por tierra?

— Por donde sea más pronto.

Miguel dirigió una mirada al horizonte; el cielo estaba despejado y prometía un día magnífico. En Nápoles comienza la primavera en el mes de Febrero, y con la primavera los días apacibles. La brisa del mar rizaba dulcemente la superficie del golfo, sobre la cual se deslizaban infinitas barquillas, tartanas y jabeques, cuya destinación y cuya nacionalidad se conocían en su tamaño y en el corte de su velamen. El lazzaroni propuso á Luisa ir embarcados, proposición que fué aceptada sin dificultad.

Miguel bajó entonces á la playa de Margellina, y en dos piastras fletó una barca por veinticuatro horas.

Luisa entró en la barca, envuelta en su manto de viaje, el cual le cubría completamente el rostro, y tomó asiento sobre el capote de Miguel, plegado en cuatro dobleces.

Los marineros orientaron la pequeña vela triangular, y la barquilla partió ligera y graciosa, como una gaviota que abre sus alas al viento.

El esquife pasó rozando la punta del castillo del Huevo, — sobre el cual flotaba la bandera tricolor francesa unida al pabellón tricolor napolitano — y cortó diagonalmente el golfo.

Los dos marineros habían reconocido á Miguel. Á pesar de su brillante uniforme, ó quizás á causa de ese mismo uniforme, la conversación recayó sobre los asuntos del día.

Miguel era uno de los más asiduos auditores de don Michelangelo Ciccone, de aquel buen sacerdote patriota que por orden de Cirillo había asistido en sus últimos momentos al esbirro que hirió Salvato. Había traducido el Evangelio al dialecto napolitano, y explicaba á los lazzaroni ese libro, fuente de toda moral, que ellos desconocían completamente.

Gracias á su despejada inteligencia, el joven lazzaroni se había impregnado, por decirlo así, del espíritu democrático que respira ese divino código de la humanidad, y, prosélito de la revolu-

ción, no desperdiciaba ninguna ocasión de atraer prosélitos á la causa de los republicanos.

Por consiguiente, así que los dos marineros desplegaron la vela y abandonaron la barquilla á la brisa del norte, Miguel les dirigió la palabra.

— ¿Y bien, amigos míos, supongo que ahora estaréis contentos, eh? les preguntó frotándose las manos.

— ¿Contentos?... exclamó el más viejo de los dos marineros, el cual no parecía mirar su ventura por el mismo prisma que el lazzaroni. ¿Por qué?

— Porque ahora podéis pescar en todo el golfo, desde Pausilipo hasta el cabo Campanella, sin que os lo impida el tirano.

— ¿Qué tirano? preguntó el mismo marinero.

— ¡Cómo! ¿ahora estamos ahí?... ¡pues el rey Fernando!

— ¡Nadie es tirano por pescar en lo que es suyo, ni por impedir que pesquen los demás donde no deben! respondió el más joven, quien, sin duda, participaba de las opiniones de su compañero.

— ¿De modo que tú pretendes que el mar es del rey?

— ¡Pues ya se ve que sí!

— Pues yo digo que no; el mar no es del rey, sino tuyo, mío, de todo el mundo.

— ¡Vaya una idea graciosa!

— Idea que no tiene vuelta de hoja. ¿Quieres la prueba?...

— Veamos la prueba.

— Escucha bien lo que voy á decirte.

— Habla.

— La tierra pertenece á los ricos.

— ¡Hola! ¿convienes en ello!

— Si; la prueba de que la tierra pertenece á los ricos, es que la han dividido por medio de vallados, zanjas, setos, y límites de toda especie; ¡pero anda y enséñame los setos, las zanjas y los vallados que dividen el mar!

Uno de los dos marineros quiso hacer una observación.

— Espera, le dijo Miguel, que aún no he concluído. Para que la tierra produzca, es menester labrarla y sembrarla; el mar se labra y se siembra él solo. Por muchos lenguados, rodaballos, salmonetes, brecas, besugos, rayas, langostas y bonitos que saquemos de él, muchos más quedan, y las cosechas se repiten sin necesidad de abono ni de azadonazos. Por esto es por lo que digo, que la tierra es de los ricos, y el mar de los pobres y de Dios. Por consiguiente, para quitar á los pobres lo que Dios les ha dado, mucho más cuando el

Evangelio dice: « Que quien da á los pobres presta á Dios, » es preciso ser un tirano, y un tirano abominable.

— ¡Hum! ¡qué sé yo que te diga! replicó el más elocuente de los dos marineros.

— ¡Vamos, respóndeme á eso! continuó Miguel, creyéndose ya vencedor.

— Pues ya se ve que te responderé.

— Empieza.

— ¿No tiene el rey un casino en Margellina?

— Sí, donde vendía el pescado.

— ¿No tiene un palacio en Nápoles, otro palacio en Pórtici, una *villa* en la Favorita, y todo eso á la orilla del golfo?

— Bien, ¿qué prueba todo eso?

— Eso prueba que si el mar no es suyo, el golfo lo es. Y sino, ¿tenemos nosotros palacios y quintas en la orilla del golfo?

— Sí, eso es, repitió el otro marinero animado por las razones del compañero; ¿tenemos nosotros palacios en la orilla del golfo? ¿Los tienes tú, á pesar de tu gran uniforme? Responde.

— Pues entonces, dijo Miguel, ¿por qué no levanta una gran muralla, con puertas para que pasen las barcas y los navíos?

— Dinero tiene para ello, si quisiera hacerlo.

— Sí; pero lo que no tiene es poder bastante; á la primera tormenta, caería al suelo como los muros de Jericó.

— Y vamos á ver, si todo había de marchar viento en popa tan luego como los franceses fueran dueños de Nápoles, ¿por qué se venden el pan y los *macarroni* al mismo precio que en tiempo del tirano?

— Tienes razón; pero no tardará en ponerse remedio, porque la municipalidad ha publicado un decreto que baja el precio del pan y de los *macarroni*, á partir del 15 de febrero próximo.

— Y ¿por qué no le baja en seguida.

— Porque el tirano vendió á sus amigos los ingleses todos los buques cargados de trigo que vinieron de las Pullas y de Berbería, y es menester dar tiempo á que lleguen otros. ¿Qué es lo que debemos hacer entretanto? Aborrecerle, combatirle, morir antes que volver á su dominación. ¿No han hecho los franceses lo que han podido? ¿No han suprimido el privilegio de la pesca? ¿No puede todo el mundo pescar hoy día en las reservas del rey?

— Es verdad.

— Y ¿no encontráis vosotros en esos sitios pescado en abundancia?

— Lo cierto es que había guardado para sí los mejores.

— ¿No han abolido los franceses el impuesto de la sal?

— Sí, es verdad.

— ¿Y el impuesto del aceite?

— También lo es.

— ¿Y el del pescado salado?

— No lo niego. Pero, ¿por qué han abolido el título de *excelencia*? ¿Qué daño les hacía ese pobre título? ¿Á quién perjudicaba?

— Á nadie; pero era menester que así fuese á causa de la igualdad.

— Y ¿qué es la igualdad? ¿la conocemos nosotros?

— Pues ahí estaba precisamente el mal, en que no la conocíais. Otras veces, había príncipes, y duques, y condes, y... ¿qué sé yo? Ahora no hay más que ciudadanos. ¡Tú eres un ciudadano como el príncipe de Maliterno, como el duque de Rocca-Romana, como los ministros, como el alcalde, como los concejeros municipales!

— Y ¿de qué me sirve?

— ¿De qué te sirve?

— Sí, ¿quieres decirme lo?

— Mirame bien.

— Te estoy mirando.

— ¿Estoy yo vestido como tú?

— ¡Buena diferencia hay!

— Pues para eso sirve la igualdad, Giambardella. La igualdad sirve para llegar á coronel siendo lazzaroni... Otras veces, los señores salían hechos coroneles del vientre de su madre. ¿Naciste tú con un pergamino en el bolsillo y galones en las mangas? ¿Has tenido noticia de que nuestras mujeres den á luz semejantes hijos? No, eran las señoras nobles las que echaban al mundo hijos *galoneados*. Pues bien, yo soy coronel, gracias á la igualdad. Con la igualdad, tú puedes llegar á ser teniente de marina, tus hijos capitanes y tus nietos almirantes.

— ¡Tiempo se necesitará para que suceda eso! respondió Giambardella, con un gesto de duda.

— Todo no se puede hacer en un día, prosiguió Miguel. Dios, con ser omnipotente, echó siete en hacer el mundo. El gobierno de hoy no es todavía la república, sino un gobierno provisional, que así se llama. La constitución que debe regirnos, venturosamente se está discutiendo. Así que se concluya, y según nuestro grado de bienestar ó de sufrimiento, podremos establecer una comparación entre el pasado y el presente. Los sabios como el

caballero San Felice, el doctor Cirillo y el brigadier Salvato saben por qué cambian las estaciones; nosotros, imbéciles como somos, sólo nos apercebimos de que tenemos calor ó frío. Bajo la dominación del tirano las hemos pasado bien amargas, y, gracias á Dios, hemos sobrevivido: guerras, hambres, epidemias, terremotos, nada nos ha faltado. Los sábios dicen que seremos dichosos bajo la república, y se han reunido para trabajar por nuestro bien, démosles tiempo de concluir la obra comenzada.

Y añadió sentenciosamente:

— El que desea cosechar pronto siembra rábanos, y al cabo de un mes, come... rábanos; el que quiere recoger pan, siembra trigo y espera un año. Lo mismo sucede con la república: ella es el trigo del pueblo. Esperemos con paciencia á que nazca, y cuando esté maduro le cosecharemos.

— *Amén*, dijo Giambardella, cuyas opiniones habían sufrido un rudo sacudimiento con la demostración de Miguel.

Y añadió lanzando un suspiro:

— Sea como fuere, lo cierto es que mientras que el hombre tenga que trabajar para vivir no será completamente dichoso.

— ¡Diablo! exclamó Miguel, esa es una verdad

como un puño; pero ¿qué quieres? la cosa no puede arreglarse de otro modo, y la prueba es que el viento alfoja y que tienes que arriar la vela y que remar hasta Castellamare.

En efecto, la brisa había empezado á caer desde hacía algunos minutos, y la vela azotaba el mástil. Los marineros la aferraron, cogieron los remos arrojando un suspiro y se pusieron á bogar.

Felizmente habían llegado á la altura de Torredel-Greco, y tres cuartos de hora les bastaron para arribar á Castellamare.

Miguel pagó la barca, buscó un coche, y él y su hermanita salieron acto continuo para Salerno, á donde llegaron al cabo de dos horas.

El carruaje se detuvo á la puerta de la Intendencia. Miguel preguntó por Salvato y le dijeron que el joven brigadier había salido hacía media hora con dirección al Ayuntamiento.

El cochero recibió orden de dirigirse á las casas consistoriales.

Palmieri trabajaba en una habitación de aquel edificio, y había encargado al ordenanza de plantón que si llegaba alguna persona de Nápoles preguntando por él lo introdujese al momento en su despacho.

Era evidente que había recibido ya la respuesta de Luisa y que esperaba á Miguel.

Cuando se abrió la puerta, Salvato se levantó con prontitud para salir al encuentro del mensajero; pero al ver entrar á una mujer en lugar del hombre que esperaba, se detuvo un instante sorprendido, y arrojó un grito de alegría reconociendo á Luisa.

Su primer movimiento fué correr hacia la joven, estrecharla contra su corazón, y sellar sus labios con ardiente beso.

Entonces Luisa lanzó á su vez un grito de asombro y de ventura. Nunca había estado tan sola, ni en tan completo abandono en brazos de su amante, y bajo la presión de aquel beso de fuego, experimentó una sensación de voluptuosidad tan inmensa, que por un instante olvidó el angustioso motivo que allí la conducía.

Miguel no había traspasado el umbral de la puerta, y como Palmieri no le había visto, se retiró de puntillas y permaneció en la entecámara de la habitación en que se hallaban los dos amantes.

— ¡ Vos!... ¡ vos aquí! exclamó Salvato; ¡ habéis venido vos misma!

— Sí, yo misma, querido Salvato; porque ningún mensajero por hábil que fuese podía reemplazarme.

— Tenéis razón, querida hermana. ¿ Quién, aunque fuese el ángel del amor, podría reemplazar

vuestra bendita presencia? ¿Podrían todas las luces del mundo reunidas reemplazar un rayo de sol? Pero, en fin, ¿á qué debo semejante felicidad? Porque mientras no sepa, querida Luisa, la causa que os conduce, no estaré bien seguro de que os halláis aquí.

— ¡ Escucha bien lo que voy á decirte, Salvato! Vengo en el convencimiento de que no me negarás una cosa que voy á pedirte de rodillas, una cosa de la cual depende mi existencia; vengo persuadida de que accederás á mis ruegos sin preguntarme el móvil de mi conducta, y de que cuando yo te diga: « ¡ Haz esto ! » lo harás ciegamente, sin discusión, sin vacilaciones, en el mismo instante.

— Y yo te prometo de antemano ciega obediencia, Luisa mía, siempre que lo que me pidas no sea en contra de mi deber, ni de mi honor.

— ¡ Oh ! sospechaba que ibas á oponerme alguna objeción de ese género. ¡ Tu honor ! ¡ tu deber ! ¿ No has cumplido hasta hoy con tu deber de un modo superior á cuanto humanamente puede exigirse? ¿ No se halla tu honor bastante puro, elevado y al abrigo de toda mancilla? No se trata de tu honor, Salvato; no se trata de tu deber; se trata de saber si me obedecerás ciegamente, cuando de ello depende mi vida.

— ¡ Tu vida ! ¿ puede tu vida hallarse amenazada, correr algún peligro ?

— ¿ Me crees, Salvato ?

— ¡ Como creería al ángel de la verdad !

— Pues bien, entonces haz lo que voy á decirte; pero sin objeciones, sin réplicas de ninguna especie.

— Di.

— Pide hoy mismo á tu general que te encargue de una misión para Roma, por ejemplo, de una misión cualquiera que te haga salir del reino antes del viernes por la noche.

Salvato miró á Luisa con profundo asombro.

— ¡ Que pida una misión que me aleje del reino, esto es, que me separe de ti ! respondió. ¿ Necesitas, por ventura, verme lejos ?

— ¡ Escucha, Salvato mío : el único deseo de mi corazón, la única felicidad de mi vida sería no separarme de ti ni un momento, estar siempre á tu lado, tenerte siempre delante de mis ojos ! Me crees, ¿ no es verdad ? Pues bien, créeme de igual modo cuando te digo que estamos amenazados de una gran desgracia, y que para evitarla no hay más remedio que alejarte de aquí.

— Y esa desgracia que nos amenaza — porque si mal no he entendido, querida Luisa, hablas en plural...

— Sí, nos amenaza á los dos, Salvato, y más particularmente á mí.

— ¿Viene de Sicilia? continuó Palmieri. ¿Sospecha algo el caballero San Felice y vuelve á Nápoles?

— No, San Felice ni vuelve á Nápoles ni sospecha nada. Si el caballero sospechase algo, á su primera indicación me arrojaría á sus pies y le diría: « ¡ Perdóname, padre mío! un amor irresistible, una fatalidad indomable me arrastra hacia él. Le amo más que á mi vida, puesto que le amo más que á mis deberes. La desgracia que tu sabiduría infinita previó á la cabecera del lecho de mi padre moribundo ha sucedido. ¡ Perdóname, perdónanos! » Y estoy segura de que nos perdonaría. No: la amenaza es más terrible y no viene de ahí.

— Pues entonces, dime de dónde viene, y en vez de huir delante de ella como un chiquillo, la arrostraré como hombre y como soldado.

— Es de tal naturaleza que no puedes combatirla, y en eso consiste el mal, Salvato; sólo puedes evitarla, accediendo inmediatamente á mis ruegos.

— Querida Luisa, permite que mi razón se subleve contra mi amor. Yo no huiría de un peligro que conociese, con mucho mayor motivo no huiré ante un riesgo que no conozco.

— ¡ Ah! eso es justamente lo que temía, que el demonio del orgullo te dijese: « ¡ Resiste! ¡ no lo hagas! » Y sin embargo, si yo tuviera la presciencia de un terremoto que hubiese de matarte ó de una tormenta cuyos rayos hubiesen de herirte, y te dijera: « Huye del terremoto, evita el rayo ¿ te aconsejaría algo que fuese contrario á tu deber ó á tu honor? »

— Sí, siempre que por temor de un peligro real ó imaginario abandonase el puesto cuya custodia me hubiesen confiado mis jefes.

— Pues bien, Salvato, si mi súplica adoptara otra forma y te dijera: « Me veo en la absoluta necesidad de hacer un viaje á Roma, y temo atravesar sola esos caminos infestados de implacables facciosos; pide permiso á tu general para acompañar á una hermana, á una amiga, » ¿ no se le pedirías?

— Espera á que termine lo que aún me queda que hacer aquí, y yo te prometo que el sábado por la mañana pido al general una licencia de ocho días.

— ¡ El sábado por la mañana! ¡ Oh! ¡ sería demasiado tarde! y... ¡ Dios mío, Dios mío, inspírame lo que he de hacer para decidirle!

— Una cosa bien sencilla, Luisa mía: participame

tus temores, dime lo que te obliga á desear mi ausencia, hazme juez de la cuestión, y de esa manera podrás estar segura de no comprometerme, de no atentar á mi honor.

— ¡ Pero si no puedo, Salvato, y eso es precisamente lo que hace que mi posición sea falsa y que tú dudes y valices! Aunque mujer, yo también tengo mi honor de hombre honrado, si me es permitido llamarle así. Me han hecho una confidencia, y he jurado no pronunciar el nombre de la persona interesada, porque tuvo tal confianza en mí, que al poner su vida entre mis manos revelándome el secreto, no me exigió ninguna promesa, ninguna garantía.

— Y ¿ cómo es que no me dijiste anoche todo eso?

— Porque anoche aún no sabía nada.

— Entonces, dijo Salvato mirando fijamente á Luisa, el que te hizo una confidencia que no puedes revelarme fué el joven que te esperaba anoche en tu casa y que no salió sino á las tres de la mañana.

Luisa palideció.

— ¿ Quién te ha dicho eso, Salvato?

— Pero, ¿ es verdad?

— Sí, es verdad. Y sin embargo, no creía posible,

Salvato mío, que después de separarte de mí te pusieras á espiar á tu Luisa.

— ¿ Yo espiarte?... ¿ yo estar celoso y desconfiar de un ángel?... ¡ Dios me libre, no diré de semejante locura, sino de tamaña cobardía! Mi Luisa puede recibir en su casa á quien le parezca y á la hora que tenga por conveniente, sin temor de que una sospecha mía empañe el límpido espejo de su castidad. No, no me he tomado el inútil trabajo de investigar todas tus acciones. Pero recibí esta carta un cuarto de hora antes de tu llegada por uno de los mensajeros que dejé encargados de traerme la correspondencia; cuando tú entraste estaba leyéndola, y me preguntaba cuál sería el alma abyecta que pretendía sembrar entre nosotros la amarga planta de la duda.

— ¡ Una carta! exclamó Luisa, ¿ has recibido una carta?

— Aquí la tienes.

Y Salvato presentó á Luisa un billete que, á no dárlo, había sido escrito por uno de esos hombres que ponen su pluma al servicio del amor y del odio, y á los cuales buscan siempre los denunciadores anónimos para llevar á cabo sus sombríos proyectos.

Luisa leyó la carta, la cual se hallaba concebida en estos términos:

« Se previene al señor Salvato Palmieri que la señora Luisa San Felice encontró anoche en su casa, al volver de la tertulia de la duquesa de Fusco, á un joven, rico y gallardo, con el cual permaneció encerrada hasta las tres de la mañana.

» Estas líneas son de un amigo, á quien le duele que el señor Salvato Palmieri emplee tan mal su cariño. »

Un rayo de luz penetró en la mente de Luisa, al recordar que su doncella estaba escribiendo á deshora y que se levantó como para ocultar lo que había escrito. Pero la idea de que la joven, que tantos favoresle debía, pudiese venderla, se alejó rápidamente de su espíritu.

— No hay en esa carta ni una palabra que no sea verdad, amigo mío; por fortuna, Dios ha permitido que el denunciador callase el nombre de la persona que anoche recibí, ya porque no le supiera, ó ya porque no haya querido decirle.

— Y ¿por qué es una permisión de Dios, Luisa mía?

— Porque si hubiese revelado ese nombre, yo sería en concepto de ese infeliz, que arriesga por mí su vida, una mujer sin fe y sin honor, una infame denunciadora.

— Sí, tienes razón, Luisa, replicó Salvato, cuyo rostro se había vuelto sombrío; porque, según lo que ahora adivino, si conociera ese nombre, me vería obligado á revelárselo todo al general.

— Y ¿qué es lo que adivinas?

— Que ese hombre, por un motivo cualquiera que yo no trato de profundizar, fué á revelarte alguna conspiración que amenaza mi vida, la de mis compañeros, la seguridad del nuevo gobierno; y he ahí por qué, en tu irreflexivo cariño, querías alejarme del reino, hacerme pasar la frontera, ponerme al abrigo de los conspiradores; he ahí por qué te negabas á revelarme el peligro, sabiendo que de semejante peligro me era imposible huir.

— Pues bien, sí, lo has adivinado y voy á decirte, todo, Salvato mío, todo, excepto el nombre de la persona que fué á prevenirme; y entonces tú, el hombre de honor y de corazón recto y leal, tú me aconsejarás lo que debo hacer.

— Habla, querida Luisa, habla, te escucho. ¡ Oh! ¡ si supieras cuánto te amo! ¡ Habla! ¡ Pero aquí, apoyada sobre mi pecho, contra mi corazón!

La joven permaneció un momento en los brazos de su amante, con la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca entreabierta; luego, como si despertara de un sueño venturoso:

— ¡ Oh ! exclamó, ¡ por qué no nos es permitido, amigo mío, vivir siempre así, lejos de los disturbios políticos, lejos de las revoluciones, lejos de los conspiradores ! ¡ Cuán deliciosa no sería semejante vida ! Pero Dios no lo quiere ; acatemos sus impenetrables designios !

Luisa lanzó un suspiro, pasó la mano por sus ojos y prosiguió :

— Sí, es una conspiración como tú has dicho, amigo mío. ¡ Ah ! ¿ por qué vino ese hombre á revelarme el secreto ? ¿ No valía más que muriésemos juntos ?

— Expílicate, bien mío.

— Escucha : hay tramada una conspiración contrarrevolucionaria que debe estallar en la noche del viernes al sábado : las casas de los patriotas serán marcadas con una cruz, y ellos y todos los franceses de Nápoles y de los alrededores serán asesinados, á excepción de los que puedan presentar esta tarjeta y hacer el signo de reconocimiento.

Y Luisa enseñó á Salvato la tarjeta con la flor de lis é hizo el signo que le había indicado Andrés Backer.

— ¿ Una tarjeta flordelisada, repitió Palmieri, y morderse la primera falange del pulgar ? (*Tales eran los signos de salvación.*) ¡ Desventurados ! ¡ que-

remos arrancarlos de la esclavitud y se obstinan en ser esclavos á todo trance !

— Y bien, ahora que te lo he dicho todo, prosiguió Luisa, dejándose caer sobre las rodillas del joven, ¿ qué debo hacer ? Reflexiona y aconséjame.

— Es inútil reflexionar, querida Luisa ; lo que debe hacerse es corresponder á la lealtad con la lealtad. Ese hombre ha querido salvarte la vida, ¿ no es cierto ?

— Y la tuya también ; porque lo sabe todo, tu herida, los cuidados que te prodigué, tu permanencia de seis semanas en casa de la duquesa, nuestro mutuo amor, y me dijo al avisarme : « Salvaos y salvadle. »

— Razón de más para que imitemos su noble conducta, para que le paguemos en igual moneda.

— ¿ Y cómo ?

— De una manera muy sencilla : diciéndole en estos ó parecidos términos : « Vuestro complot está descubierto ; el general Championnet se halla prevenido, y allí donde creáis encontrar fácil matanza encontraréis una desesperada resistencia ; vuestra tentativa no servirá sino para regar inútilmente con sangre las calles de Nápoles. Renunciad á vuestro complot y huid al extranjero ; seguid el consejo que me habéis dado. » He ahí lo que debe decirsele.

— ¡ Oh ! es el honor el que te inspira, Salvato mío ; sí, haré lo que me aconsejas. Pero, ¿ no has oído ?...

— ¿ Qué ?

— Me parece que en esa antecámara cierran una puerta. ¿ Nos escucharía alguno ? ¿ estarían espiándonos ?

Salvato se lanzó fuera de la habitación : la antecámara se hallaba desierta.

— Nadie más que Miguel estaba en esa pieza, dijo volviendo á entrar ; ¿ hay algún mal en que Miguel nos haya oído ?

— No, porque ignora el nombre de la persona que estuvo á verme. De otro modo, le has convertido en tan ardiente patriota, querido Salvato, añadió Luisa sonriendo, que sería capaz de ir en seguida á denunciarle.

— Conque es asunto concluido, y tu conciencia queda tranquila, ¿ no es verdad ? preguntó Salvato.

— ¿ Me aseguras que nos hemos conducido con arreglo á las leyes de la lealtad ?

— ¡ Te lo juro !

— Y yo te creo, porque sé que eres buen juez en materias de honor. Á mi regreso á Nápoles iré á prevenir al jefe de los conjurados. Su nombre no ha salido de mi boca, ni aun para pronunciarle delante

de ti. De modo que no puede estar comprometido, y si lo estuviere, no será por causa mía. Conque no pensemos sino en la dicha de vernos juntos. ¡ Qué loca soy !... hace poco, maldecía los disturbios políticos, las revoluciones y á los conspiradores. Sin los disturbios políticos, no te habría mandado el general á Nápoles ; sin las revoluciones, no te habría conocido ; sin los conspiradores, no tendría en este momento la felicidad de estar á tu lado. ¡ Benditos sean los designios de Dios y los acontecimientos que dirige su infinita sabiduría !

Y la joven, consolada, risueña y sonriendo de ventura, se arrojó en los brazos de su amante.